

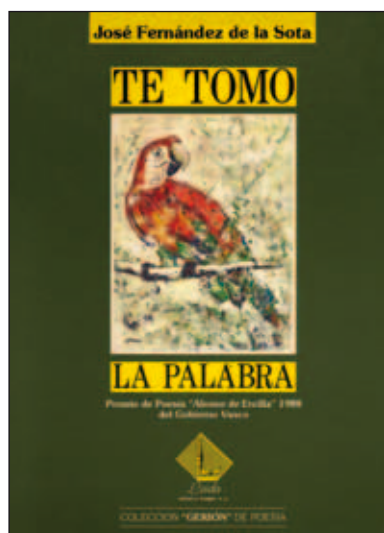


La vida como es

(Sobre la poesía de José Fernández de la Sota)

La poesía inaugural de Fernández de la Sota pertenece a esa tradición en *román paladino* de tantos y buenos poetas del norte de España como Víctor Botas, Ángel González, Miguel D'Ors, Jon Juaristi, Karmelo Iribarren, Pascal Ros Olano... que bajo la aparente falta de pretensiones del decir claro y la cotidianidad, reflexionan mucho y se implican en el pan nuestro de cada día (con su pizca o carga de sorna y desabrimiento, a veces). Si a ellos añade de la Sota una lágrima de elegancia y distinción desde su metafísica elegiaca y melancólica, tendremos descrito al poeta en el comienzo de su trayectoria. Un itinerario construido desde *No hay manera de cantar/sin corromper la alegría* que ha ido evolucionando hacia una retórica del despojamiento, donde se siente y piensa el vacío, pero sin descolgarse por el balcón de *las poéticas del silencio*, según demuestra uno de sus últimos poemarios, *Vacilación* (2009). Por esa autovía discreta y nada secundaria han transcurrido muchos automóviles líricos ajenos al realismo programático como empresa, para tener en cuenta la realidad sin programa. O a la poesía esencial y del silencio, sin escuela igualmente, pues ha apostado como vehículo expresivo por la cortesía de la legibilidad y la falta de petulancia, no del oficio. Y si un cierto laconismo diferencia su poesía meditativa de la suntuosidad de Eloy Sánchez Rosillo, Juan Lamillar y Francisco Brines o de la narratividad de cierto Luis García Montero, échenle la culpa a la tradición de la tierra que le vio nacer.

Con la *teología natural* como marco, o la accesibilidad y proximidad de sus versos desde *La gracia del enano* (1994) hasta *Travesía de Bilbao* (2010), recubre el bilbaino un saber mirar desde la anécdota, salvo algún libro más abstracto en lo reflexivo, como *Cumbre del mar* (2005), con artificio discreto. Con un ornato que da y no resta, le hubiera gustado decir a un Quintiliano moderno, que fuera además, poeta. De la Sota se muestra desde las fuentes y lecturas de un momento atento a Edgar Lee Masters o Robert Browning, como al monólogo dramático que introdujo el segundo Cernuda vía Gil de Biedma para el español. Y así propone su ramillete de miradas hacia la intimidad o hacia el otro que pasaba por ahí, donde se refleja destemplado o desilusionado muchas veces. Con triste piedad e ironía a veces. Lo de menos es el *personaje* popularizado por Jaime Gil de Biedma en los 50 o Luis García Montero con otras implicaciones sociales y políticas, tras la llegada de la democracia en los años 80, aunque ya sabemos cuál es también su origen lector desde Otero, los 50, Borges, Mesanza, de Cuenca etc. Pero bajo el paraguas de la naturalidad y la elegancia existe un atormentado escritor comprometido con la vida, que se duele y conmueve ante sí mismo (y de sí mismo duda), con mirada atenta a los santos anónimos. Su primer libro importante en sentido neto *Todos los santos* (1997), le confirió las estrellas de capitán de la lírica existencial que renunciaba a la cosmogonía, a la frivolidad y al costumbrismo, tanto como a los grandes clamores, para reposar el canto en un saber decir o susurrar sin declamación, tremendismo o expresionismo. Cotidianamente. El primer Blas de Otero no habrá encontrado un contrapeso más fuerte en su balanza (nos diría Harold Bloom), pasado el tiempo en este existencialismo de santos anónimos y cotidianos, que susurran y no alzan las manos con desesperación. Aunque exista un desasosiego en rebeldía (*Wanted*), o en *Habría que escribirlo en las paredes* (contra la explotación infantil). Su piedad y reivindicación serena y fuerte va



desgranando *la vida como es* (diría Juan Antonio Zunzunegui), pensándose (repensándose a veces demoradamente con acidia venenosa y autorrecriminatoria mortal), observando. Conmovidó ante cuanto no es como debiera, atormentándose en ocasiones. Si a esos paisajes le añadimos un poco de humor negro sin acritud extrema (*Olvido*), tendremos el cuadro casi completo de unos merodeos irónicos en ocasiones, proyectados en el telón de fondo del descreído melancólico y sentimental.

Aprender a irse (2007) se sitúa en las reconvenciones más personales escritas desde el sagrado recinto de la intimidad (el pecio o brote del canto de Fernández de la Sota). De ahí surge la herida abierta de un Cesario Verde trágico o descorazonado, *tú no sabes si antes de la muerte/habrá vida*, pues el contemplativo callejero y nefelibata o amante de las nubes las ve transcurrir, como la misma vida, desde las analogías a la que es tan propensa su mirada, como heridas. Si del Antonio Nobre de *Só* se mantuvo que era el libro más triste escrito en Portugal, de *Aprender a irse* se podría comentar algo semejante desde el perímetro patrio, si no fuera por Antonio Gamoneda, o el régimen expresivo *antiguo*. *Las palabras* ahora, como *Casa de palabras* por 1997, han marcado su *fatum* de hierro de alguna condena baudelerianas sobre la condición de poeta y desde ahí emprende la mirada renovada, insatisfecha, impotente. Esa estupefacción existencial se agriaba previa y sombríamente en *Material de construcción* (2004), donde delicadeza, introspección, sencillez directa y pensativa, pero también desazón y acritud reflejaban los orígenes de *La gracia del enano* (1994); su primer poemario real, donde el sarcasmo trae *La parada de los monstruos* de Browning en primera plana. Ya no se podía ir más allá en el cionarismo agrio sin caer en Roger Wolfe o *el silencio* más radical, uva pisada a la que llegaba tarde. O reiterarse. El camino de perfección exigía un giro hacia el no poder decir, que se buscó o vino impuesto por Lord Chandos, fuera de la reflexión sobre la anécdota, donde lo inefable guiñaba un ojo detrás de la ventana reclamando otro lecho que *escuchara el silencio* sin tendencia, pese a ciertos usos. *Cumbre del mar* (2005) quiso ser respuesta y nueva actitud, también despojamiento del ornato (nunca había sido excesivo, en honor a la verdad). Al amparo de la alegoría de la inmovilidad y del naufragio del vivir en *la balsa de la medusa* o de una mampara de cristal desde situaciones límite, lenguaje y vida se reflejaron en la precariedad de ser. Sin anécdota como antes, de la Sota reflexiona y desnuda al yo de lo habitual para poner su intimidad bajo el foco del entomólogo y su microscopio esencial. La autognosis se despega de los referentes para reconocerse como carcasa y resistencia. Funambulismo y desnudez. Si en la autognosis y en las metafísicas adyacentes hay ecos de escuela, esta no atrapa un libro puntual, análogo en la actitud a *los Metales pesados* de Marzal, siempre fuera de tendencia en sentido estricto; aunque hubiera perspectivas desde su propia tradición que hallaron lenguaje, giro y momento. *Vacilación* (2009), con el marco de Franz Kafka en parte como alter ego, parece en ese sentido más artificioso que *Cumbre* a pesar de su buen hacer en la línea existencialista que se despoja del verbo, y por supuesto que *Travesía de Bilbao* (2010), tan diferente y emocionante en sus diversos mimbres, cantando su ciudad desde dentro, sin mirarse y mirando, comprendiendo. Uno de esos libros donde *proemas* y poemas se desentienden de la pesadumbre para celebrar a su Bilbao natal, que sin duda no es cualquier ciudad en la España moderna.

